

También hay entre los oficiales de este cuerpo muchos despreocupados que han abandonado las costumbres inglesas, que contrastaban con los tradicionales usos hannoverianos mucho más de lo que queremos creer en el resto de Alemania, puesto que nosotros atribuimos generalmente al ejemplo de Inglaterra gran influencia sobre Hannover. En este país no se ven más que troncos á los que hay atados caballos; á fuerza de árboles se obscurece la comarca, y á pesar de todos los caballos no se da un paso. Nada, á través de este bosque de la nobleza de Hannover no penetró jamás un rayo del sol de la libertad británica; ni jamás pudo oírse una canción liberal inglesa entre los agudos relinchos de los hannoverianos corceles.

Hace muy poco que he sabido lo que es una canción liberal inglesa; en medio de un temporal salvaje vi pasar un buque inglés, en cuya cubierta iban varios marineros, y casi desafiando temerariamente á los vientos y á las olas, dominaban su fragor con su antigua:

*¡Rule, Britannia, rule the waves,
Britons never shall be slaves! (1).*

Las quejas generales contra el orgullo de la nobleza de Hannover se refieren principalmente á la amable juventud de ciertas familias que rigen ó creen regir indi-

(1) Esto es: *¡Venec, Bretaña, vence á las olas, nunca los ingleses serán esclavos!*

rectamente el país. Mas esta aristocrática juventud corregiría pronto sus faltas de cortesía, ó mejor dicho, su descortesía, si conociera algo más el mundo ó recibiese mejor educación. Cierto es que se les envía á Göttinga, pero allí forman grupo aparte y hablan solamente de sus perros, de sus caballos y de sus abuelos; asisten poco á la cátedra de historia moderna, y si asisten alguna vez, su pensamiento está absorto entretanto en el espectáculo de la *mesa de los condes*, cosa característica de Göttinga, destinada solamente á los estudiantes de elevada alcurnia.

Mediante una educación mejor, la nobleza de Hannover podría evitarse muchas quejas; pero, nada, los jóvenes se hacen como los viejos; tienen la misma ilusión de creerse ellos las flores del mundo, en tanto que los demás no somos más que el césped; la misma necedad, pues quieren cubrir su nulidad propia con el mérito de sus antepasados; la misma ignorancia acerca de lo problemático de este mérito, pues ni remotamente piensan en que los príncipes rara vez han honrado á sus más fieles y virtuosos servidores, sino, con mucha frecuencia, á los terceros, á los aduladores y á ciertos infames favoritos.

Muy pocos de aquellos orgullosos abuelos podrían determinar lo que hicieron sus antepasados, y sólo muestran que su nombre se halla inscripto en el *Libro de los torneos* de Ruxner; si, pueden también probar que acaso éstos fueron como cruzados á la conquista de Jerusalén; pero antes de engreirse algo por ello, deberían también

probar, que aquellos caballeros lucharon con honor, que sus férreas perneras no estuvieron forradas de amarillo miedo, y que bajo su roja cruz abrigaron un corazón de hombre honrado.

Si no existiera la *Iliada*, y si solamente un catálogo de los nombres de los héroes que se hallaron ante Troya, y sus nombres subsistieran todavía, ¡quién sabe el aristocrático orgullo que hincharía á los señores de Thersites! (1) No quiero hablar absolutamente de la limpieza de sangre; los filósofos y los caballeros tienen sobre este asunto las ideas más extrañas (2).

(1) No puede darse burla más sangrienta. Thersites es un indigno personaje que presenta Homero en el canto 2.º de su *Iliada*, físicamente deforme, charlatán, desvergonzado que interrumpe á Agamenón con sus gritos, risas é insultos, para aconsejar á los griegos que se vuelvan á su patria antes de que empiece la lucha, por lo que Ulises le increpa y le apalea con su cetro de oro, siendo su llanto y gestos el ludibrio de las gentes.

(2) Estos párrafos ofrecen en la versión francesa, no sólo variantes y cortes, sino hasta novedades; hélas aquí: *defectos de raza en vez de faltas de cortesia, ó mejor dicho, esta descortesia..... mesa de los condes, lugar aparte, reservado exclusivamente á los estudiantes de elevada alcurnia. Esta mesa de los condes caracteriza bien el espíritu servil de la Universidad de Goettinga. Verdaderamente, por medio de una educación de la juventud hannoveriana, se podrían evitar muchos desafueros. Pero los jóvenes se hacen como los viejos; es la misma presunción, la locura: querer cubrir la falta de mérito propio con el de sus antepasados: la misma ilusión acerca de los méritos de sus abuelos, que, sobre todo en el país de Hannover, han debido á veces su elevación á sus bajezas de cortesanos, á la prostitución de sus nobles esposas, cortesanas desvergonzadas, como los Schulenburg, los Kleimanssegge y los Platen.* Desde: *en el Libro de los*

Mi reproche, como queda dicho, se dirige principalmente contra la mala educación de la nobleza hannoveriana, contra la ilusión que les inculcan desde muy niños, acerca de la importancia de ciertas formas de buena educación ¡Oh! cuántas veces me he tenido que reir, al reparar en lo que se jactan de poseer estas formas como si fuera tan extremadamente difícil aprender, ese representar, ese presentarse, ese sonreír sin decir nada, ese decir sin pensar algo, y todas esas nobles artes, que el pobre burgués admira embobado, como una maravilla, y que, no obstante, posee mejor cualquier maestro de baile francés, que el noble alemán á quien han ejercitado pacientemente en ellas en Lutecia (1), pulidora de osos, y vuelve á su casa á transmitir las á sus descendientes con profundidad y pesadez alemana! Esto me recuerda la fábula del oso que bailaba en las plazas, que habiéndose fugado del lado de su maestro y conductor, volvióse al bosque con sus compañeros, y les encomiaba cuán difícil es el arte de danzar y hasta qué punto había adelantado en él, y, en efecto, al dar la prueba de su habilidad, las pobres bestias no pudieron ocultar su asombro. Pues bien, lo mejor de dicha nación formaba la escogida sociedad que este año ha brillado aquí en mar y en tierra; eran personas verdaderamente agradables, y jugaban todas bien (2).

torneos de Rüaener, salta á: Si no existiera la Iliada, y sigue igual hasta el fin del párrafo.

(1) París.

(2) Este párrafo falta en la versión francesa.

También ha habido aquí príncipes, y debo confesar que eran más modestos en sus pretensiones que la nobleza inferior; aunque no pretendo decidir si esta modestia habita en el corazón de tan elevadas personas ó bien es producto de su situación externa. Digo esto refiriéndome sólo á los príncipes alemanes mediatizados, pues en estos últimos tiempos se ha cometido con ellos una gran injusticia, al arrebatarles una soberanía á que tienen tan buen derecho como los grandes príncipes, á no ser que se quiera admitir con mi incrédulo colega Spinoza, que lo que no puede sostenerse por su propia fuerza no tiene derecho alguno á existir.

Mas para la harto fraccionada Alemania fué, no obstante, un beneficio que tuvieran que cesar en su gobierno cierto número de tiranuelos, pues miedo da pensar cuántos tenemos que alimentar los pobres alemanes; que, aunque estos mediatizados no usen ya cetros, siguen usando cuchara, cuchillo y tenedor, y no comen avena, aunque ya la avena sería bastante costosa. Creo que América nos aligerará un día algo de esta carga de príncipes, pues pronto ó tarde los presidentes de los Estados libres de allá se trocarán en soberanos, y entonces carecerán esos señores de esposas que tengan siquiera visos de legitimidad y se darán por muy contentos con que les cedamos nuestras princesas. Si toman seis les daremos la séptima *gratis*, y así nuestros principillos podrán emplearse más tarde en sus hijas. Por esta razón han obrado muy políticamente los príncipes mediatizados al reservarse al menos el derecho de igual-

dad de abolengo, y estimar en tanto sus árboles genealógicos, como los árabes los de sus caballos, y acaso con la misma intención, pues saben bien que Alemania fué siempre la gran yeguacería de príncipes, que tiene que proveer á todas las vecinas casas reinantes de las yeguas y caballos padres que necesiten (1).

En todos los baños, es un antiguo derecho consuetudinario el que tienen los huéspedes que se quedan de criticar algo duramente á los que se fueron, y como yo soy el último que aquí resta, bien puedo permitirme ejercitar plenamente este derecho (2).

*
* *
*

Tan solitaria está ahora la isla, que me comparo á Napoleón en la isla de Santa Elena. Sólo que yo he encontrado aquí un entretenimiento que á aquél le faltaba allí, y es precisamente del gran Emperador del

(1) Este párrafo y el anterior ofrecen en la versión francesa algunas pequeñas variantes y algunos cortes: en vez de *situación externa*, dice: *caducidad y su falsa posición actual*. Falta: *con mi incrédulo colega Spinoza, y que aunque estos mediatizados..... hasta, sería bastante costosa*. En vez de: *..... y estimar en tanto sus árboles genealógicos como los árabes los de sus caballos, y acaso con la misma intención*, léese: *y en el orden social de las familias soberanas de Europa, si no en el orden político del poder efectivo, son iguales á los príncipes reinantes. Si se han reservado este privilegio, porque saben.....* y termina añadiendo: *de alta alcurnia*.

(2) Tras este párrafo aparecen en la versión francesa dos líneas de suspensivos, no obstante, la alemana, no sólo no añade texto alguno, sino que no tiene dichos puntos.

que aquí me ocupo. Un joven inglés me ha traído el libro de Maitland que acaba de aparecer.

Cuenta este marino el modo y manera como Napoleón se entregó y como se portó en el *Bellerophon*, hasta que por orden del Ministerio inglés fué conducido á bordo del *Northumberland*. De este libro resulta claro como el sol, que el Emperador, en su romántica confianza en la generosidad británica, y tratando al fin de procurar reposo al mundo, se dirigió á los ingleses más como huésped que como prisionero. Fué esta una falta en que seguramente no hubiera incurrido ningún otro, y mucho menos un Wellington. Pero la historia dirá que tan bella, tan elevada, tan sublime es esta falta, que para incurrir en ella era preciso poseer más grandeza de alma de la que los demás pudiéramos disponer para la realización de todos nuestros grandes hechos.

La causa que obliga ahora al capitán Maitland á publicar su libro, parece no ser otra que la necesidad de purificación moral que siente todo hombre honrado á quien su mala suerte ha comprometido en una empresa equívoca. Pero el libro, en sí mismo, es una adquisición inapreciable para la historia de la cautividad de Napoleón, que constituye el último acto de su vida; deshace admirablemente todos los enigmas de los actos precedentes, y, como debe hacerlo una verdadera tragedia, conmueve, purifica y reconcilia los ánimos.

La diferencia de carácter de los cuatro principales escritores que nos han dado cuenta de esta cautividad, sobre todo, en lo que se revela en el estilo y en el cri-

terio, sólo mediante su comparación puede apreciarse.

Maitland, el imperturbable marino inglés, consigna los hechos con precisión y sin prejuicio, como si fueran los fenómenos naturales que apunta en su libro de navegación (1). Las Cases, entusiasta gentilhombre de cámara, pone lo que escribe en cada línea á los pies del Emperador, no como un esclavo ruso, sino como un francés libre, á quien hace involuntariamente doblar la rodilla la admiración de un heroísmo y de una gloria inauditos; O'Meara, el médico, aunque nacido en Irlanda, completamente inglés, es como tal antiguo enemigo del Emperador, pero reconociendo ahora la majestad de los derechos de la desgracia, escribe con franqueza, sin adorno, como historiador, casi en estilo de lapidario; al contrario, no un estilo, sino un estilete, es la manera punzante, agresiva del médico francés Autommarchi, italiano vivamente impregnado en el rencor y en la poesía de su país.

Ambos pueblos, el inglés y el francés, han producido, cada uno por su parte, dos hombres de espíritu ordinario, más no sobornados por el poder reinante, y este jurado juzgó al Emperador y sentenció: que vivirá eternamente, que será eternamente admirado y eternamente sentido.

Muchos grandes hombres han pasado por este mundo,

(1) Puesto en el original en inglés: *log-book*; en la versión francesa se lee *livre de Loch*, lo que no parece dar idea exacta, pues *loch* es la guindola ó barquilla en forma de cuadrante para medir con la corredera lo que anda el buque.

acá y allá vemos las lucientes huellas de sus heroicos pasos, y en sagradas horas aparécense á nuestro espíritu como vaporosos fantasmas; pero el que también es grande hombre ve á sus predecesores más claramente; en una sola chispa de su radiante estela reconoce su acción más íntima, en una sola olvidada palabra reconoce todos los pliegues de su corazón; y de este modo viven los grandes hombres de todos los tiempos en mística comunidad, se saludan de lejos á través de millares de años, se miran bien significativamente, se encuentran sus miradas sobre las tumbas de las pasadas generaciones que se han empujado entre ellos, y se entienden y se aman. Pero nosotros, pigmeos, á quien no es dado estar en tan íntimas relaciones con las grandezas del pasado, que sólo rara vez percibimos su huella y su vaporoso fantasma, para nosotros es de altísimo precio aprender muchas cosas referentes á uno de estos grandes hombres para que nos sea fácil concebirle en nuestro espíritu con la más viva claridad, ensanchándole de esta manera.

Tal es para nosotros Napoleón Bonaparte. Sabemos de él, de su vida y tendencias, más que de los demás grandes de este mundo, y cada día aprendemos más y más. Vemos desenterrar lentamente su efigie divina sepultada, y á cada paletada de terrestre limo que de ella se aparta, crece nuestro gozoso asombro al ver la proporción y la pompa de las nobles formas que se descubren, y los rayos de sus enemigos, que quisieron destruir su colosal estatua, sirven solamente para iluminarla con más esplendor. Tal sucede especialmente con

las manifestaciones de Madama Staël, que, con toda su acritud, no dice más que el Emperador no era un hombre como los demás, y que su espíritu no puede ser medido por el común rasero.

A un espíritu semejante es al que se refiere Kant, al decir que podemos pensar en una inteligencia, que, por no ser discursiva como la nuestra, sino intuitiva, va de lo general sintético, de la contemplación del todo como tal, á lo particular, esto es, del todo á la parte (1). En efecto, lo que nosotros reconocemos sólo mediante los lentos análisis de la reflexión y de largas conclusiones, semejante espíritu lo había visto y concebido profundamente en un salo instante. De aquí su talento para comprender lo actual, su época, para enamorar su espíritu y aprovecharle siempre sin jamás herirle.

Más, puesto que el espíritu de la época no es puramente revolucionario, sino que se ha formado mediante el concurso de ambos puntos de vista, el revolucionario y el contra-revolucionario, Napoleón no obró nunca completamente en un sentido ni en otro, sino siempre en el de los dos objetivos, de los dos principios, de las dos

(1) Según dice Strodtmann, este párrafo ha sido modificado posteriormente por Heine, pues en la edición primera seguía este razonamiento: «No es aquí de ningún modo necesario probar la posibilidad de semejante *intellectus archetypus*, sino solamente que nosotros, dada la oposición del nuestro discursivo, de las ideas necesarias de la inteligencia (*intellectus ectypus*) y de lo contingente de su esencia, hemos de seguir la idea de un *intellectus archetypus*; esto tampoco admite objeción alguna.»

tendencias que se reunían en él, y, por tanto, obraba siempre de un modo natural, sencillo y grande, nunca ruda y convulsivamente, siempre con dulce tranquilidad. Tampoco intrigó jamás á la menuda, y descargó sus golpes siempre con arreglo á su arte de comprender y conducir las masas. Los espíritus pequeños y analíticos son inclinados á las intrigas embrolladas y lentas, al contrario, los espíritus sintéticos saben combinar de un modo admirablemente genial los medios que les ofrece el presente, de manera que puedan aplicarlos rápidamente á su fin. Los primeros se estrellan con gran frecuencia porque no hay perspicuidad humana capaz de prever todas las contingencias de la vida, y las ocasiones que ofrece nunca son muy estables; los últimos, al contrario, los hombres intuitivos logran realizar sus proyectos con gran facilidad, porque sólo necesitan darse cuenta exacta del presente, y obrar con tal rapidez que el oleaje del mar de la vida no pueda hacerle experimentar ningún repentino é imprevisto cambio.

Es una feliz coincidencia la de que precisamente haya vivido Napoleón en una época que tenía especialísima afición á la historia, á sus disquisiciones y documentos. Pocas serán las noticias referentes á Napoleón que no hayamos adquirido mediante las Memorias de sus contemporáneos, y diariamente se aumenta el número de los libros históricos que tratan de presentarle más ó menos en relación con el resto del mundo. El anuncio de un libro de esta clase, debido á la pluma de Walter Scott, despierta por tanto una curiosidad excesiva.

Todos los admiradores de Scott deben temblar por él, pues semejante libro puede venir á ser fácilmente la campaña de Rusia de aquella gloria laboriosamente adquirida, por medio de una serie de novelas históricas, que, más bien por su tema que por su fuerza poética, han conmovido á todos los corazones de Europa. Pero este tema no es puramente una queja elegiaca sobre la magnificencia nacional de Escocia, que ha ido siendo desposeída poco á poco por costumbres, dominación y manera de pensar extrañas; sino el gran dolor de la pérdida de singularidades nacionales que van desapareciendo en la uniformidad de la cultura moderna; dolor que hoy palpita en el corazón de todos los pueblos, pues los recuerdos nacionales están más profundamente encarnados de lo que comunmente se cree, en el corazón de los pueblos. Atrévase no más á desenterrar las antiguas estatuas, y en una noche volverá á abrirse el antiguo amor con sus flores. Y esto no es una expresión figurada, sino un hecho real. Cuando hace algunos años desenterró Bullock en Méjico un antiguo ídolo de piedra, se encontró al otro día que la estatua había sido coronada de flores durante la noche, á pesar de que España había destruido á hierro y fuego las antiguas creencias de Méjico, y hacía tres siglos que removía profundamente y laboreaba sus almas, sembrando en ellas el cristianismo.

Estas flores son las que se abren también en las poesías de Walter Scott, estas poesías mismas despiertan los antiguos sentimientos, y como un día en Granada hombres y mujeres, dando gritos de desesperación, se lan-

zaban fuera de las casas al sonar en las calles la canción de entrada del rey moro, hasta el punto de que se llegara á imponer pena de muerte al que la cantase, así el tono dominante en las poesías del bardo escocés ha estremecido dolorosamente á un mundo. Este tono resuena en el corazón de nuestra nobleza que ve derrumbarse sus castillos y sus blasones; resuena en el corazón del burgués, cuya cómoda si estrecha vida de tiempos atrás es invadida por un amplio, pero incómodo modernismo; resuena en las catedrales católicas, de donde huye la fe, y en las sinagogas rabinicas, de donde hasta huyen los creyentes; suena en toda la tierra, hasta en los bosques de bananos del Indostán, donde el Brahman prevé suspirando la agonía de sus dioses, la destrucción de su cosmogonía primitiva y la completa victoria de los ingleses (1).

Pero este tono, el más poderoso que el bardo escocés sabe arrancar á su arpa gigantesca, no se adapta al canto imperial de Napoleón, del hombre nuevo, del hombre de los tiempos modernos, del hombre en quien tan brillantemente se ha reflejado esta nueva época, que casi nos deslumbrara, y en tanto, no volvemos á acordarnos de un pasado ya muerto ni de sus ya extintos fulgores.

(1) En la versión francesa vense en el último punto de este párrafo, algunas faltas de precisión que destruyen ciertos contrastes, como son oponer *estrecha á vaga*, suprimir *cómoda* y dejar luego *incómoda*; por último, léese *odoríferos* en vez de *bananos*, y *antiguo y santo imperio* en vez de *primitiva cosmogonía (uralten Weltordnung)*.

De creer es que Scott, dadas sus preferencias, se apoderará ante todo del importante elemento estable del carácter de Napoleón, del aspecto contra-revolucionario de su espíritu, en tanto que otros escritores sólo reconocen en él el principio revolucionario.

Bajo este último aspecto le hubiera retratado Byron, cuyas tendencias eran completamente opuestas á las de Scott, y en vez de lamentar, como éste, la muerte de las antiguas formas, se hubiera airado contra las que aun quedan en pie, queriendo derribarlas á fuerza de revolucionarias risas y rechinamientos de dientes; en medio de esta cólera hubiera ajado las más sagradas flores de la vida con su melódico veneno, y cual otro frenético arlequín, se hubiera clavado el puñal en el corazón, para salpicar graciosamente á caballeros y damas con la sangre que de él fluyera.

Verdaderamente, en este instante mi corazón me dice que no soy un imitador de Byron, ó mejor dicho, de su crimen; mi sangre no es tan *spleénicamente* (1) negra; mi acritud proviene sólo de las agallas de mi tinta, y si hay veneno en mí, no es más que un contraveneno, contra esas serpientes que espian, en son de amenaza, entre los escombros de las antiguas catedrales y fortalezas. De todos los grandes escritores es precisamente Byron el único cuya lectura me es completamente insoportable; cuando, al contrario, Scott, en todas sus obras me rego-

(1) En el original *spleenisch*, formada de la palabra inglesa *spleen* (pron. splin).

cija, tranquiliza y fortalece el corazón (1). Me regocijan hasta las imitaciones de éste, tal como las hallamos en Willibald-Alexis, Bronikowski y Cooper, el primero de los cuales casi iguala á su modelo, en su irónico Walladmor, y nos ha mostrado, en un poema posterior, tal abundancia de formas y de ingenio, que bien pudiera presentarnos con originalidad poética, pues sólo se sirve de la forma de Scott, los más preciosos momentos de la historia de Alemania en una serie de novelas históricas.

Pero ningún verdadero genio permite que de antemano se le tracen determinadas vías; están fuera de todo cálculo crítico, y puede considerarse como un inocente juego de inteligencia el que yo pronuncie mi juicio anticipado de la *Historia del Emperador*, de Walter Scott, mi *prejuicio*, que es la palabra más expresiva en este caso. Sólo una cosa puede afirmarse con seguridad, y es que el libro se leerá de Oriente á Poniente (2) y que nosotros los alemanes le traduciremos *.

(1) Y no obstante ha traducido soberanamente algunas poesías de Byron.

(2) En la versión francesa falta: *mi prejuicio..... en este caso*; en vez de *Oriente á Poniente*, dice: *en Inglaterra como en Francia*.

(*) Las páginas que preceden fueron escritas en 1826, é impresas al año siguiente en el segundo volumen de los *Reisebilder*. En 1828 apareció la *Historia de Napoleón Bonaparte* de Walter Scott, y con gran dolor mío, vi que mi pronóstico acerca del libro se había realizado; también hizo un *fiasco* completo, y desde este triste suceso se eclipsó la estrella literaria del gran desconocido. El exceso de trabajo que se había impuesto, para

También hemos traducido el libro de Segur. ¿No es verdad que es un lindo poema épico? También los alemanes escribimos poemas épicos, pero sus héroes existen solamente en nuestra imaginación. Al contrario, los héroes de la epopeya francesa son héroes verdaderos, que han realizado hechos mucho más grandes y experimentado sufrimientos mucho mayores de los que podemos imaginarnos en nuestras guardillas (1). Y, no obstante, tenemos mucha fantasía y los franceses bien poca. Acaso por esto ha compensado Dios de otro modo á los fran-

hacer frente á las exigencias de sus acreedores, había minado la salud de Walter Scott; no obstante, se esforzó en escribir algunas novelas enojosas y casi insípidas, y poco tiempo después murió. En la época en que aparecía su libro sobre Napoleón, esa blasfemia en doce volúmenes, hallábame yo en Munich, donde publicaba una Revista mensual titulada *Annales politiques*, y para este periódico escribí sobre el libro un artículo, que más tarde, en 1830, incluí en el cuarto tomo de los *Reisebilder* (V. *Fragmentos ingleses*) Nota de Heine á la versión francesa (a).

(a) Respecto á la nota de Heine, colocada más adelante en la versión francesa, dice:..... *impresas el año siguiente en el 2.º volumen de la versión alemana de los Reisebilder*. Aquí se ha puesto *versión por edición*, pues la versión es la francesa. Al fin:y para este periódico escribí el artículo, ó más bien la *humorada siguiente* (pues le incluye), que más tarde, en 1830, hice aparecer en los **Reisebilder**. En la antigua edición francesa de este libro, formaba parte este trozo de una serie de fragmentos titulados **Inglaterra**; hoy se me ha ocurrido intercalarle en el lugar que ocupaba en la edición alemana.

Strodtmann, con buen acuerdo, le ha vuelto á los *Fragmentos ingleses*, con el número indicado entre paréntesis al fin de la nota de Heine.

(1) *Literarias*, añade la versión francesa.

ceses, que no necesitan más que relatar fielmente lo que han visto y realizado en los últimos treinta años, para tener una literatura *virida*, como todavía no la ha producido pueblo ni época alguna. Esas Memorias de hombres de Estado, soldados y mujeres ilustres, que aparecen diariamente en Francia, forman un ciclo de leyendas en que tiene la posteridad bastante que pensar y que cantar, en el cual se elevará, como su centro, la vida del gran Emperador á modo de gigantesco árbol.

La historia de la campaña de Rusia de Segur es un canto, un canto nacional francés, que pertenece á dicho ciclo tradicional, y por su tono y asunto está al nivel de las poesías épicas de todos los tiempos. Una generación heroica que brotara en el suelo francés al grito mágico de *¡libertad! ¡igualdad!*, como en marcha triunfal embriagada de gloria y conducida por el mismo dios de ésta, recorrió el mundo estremecido y exaltado, danzó por fin la ruidosa danza pirriquia en los campos de hielo del Norte, hundióse éste, y los hijos del fuego y de la libertad perecieron de frío y á manos de esclavos.

Semejante descripción ó profecía de la ruina de un mundo heroico es el tono fundamental y asunto de los poemas épicos de todos los pueblos. Sobre las rocas de Ellora y de otros templos subterráneos, hállanse sepultadas análogas catástrofes épicas, cuya clave ha de hallarse en el Mahabarata; el Norte no ha empleado menos palabras de piedra en referir esta caída de los dioses; el canto de los Nibelungen celebra la misma trágica ruina, y su final tiene una singularísima semejanza con la des-

cripción que hace Segur del incendio de Moscou; la canción de Roland de la batalla de Roncesvalles, cuyas palabras dejaron de sonar, pero cuya tradición no se ha extinguido y que, hace poco, ha vuelto á evocar Immermann, uno de los más grandes poetas de Alemania, es también el canto de la antigua desventura, y el canto de Ilión exalta hasta lo sublime el antiguo tema, más no es por eso más grande ni más doloroso que el canto nacional francés en que ha celebrado Segur la caída de su heroico mundo.

Sí, es una verdadera epopeya; la heroica juventud francesa es el hermoso héroe que muere prematuramente, desgracia que hemos visto en la muerte de Baldur, de Siegfried, de Roland y de Aquiles, que sucumben á la desventura y á la traición; y esos héroes que hemos admirado en *La Iliada*, volvemos á hallarlos en el canto de Segur, los vemos discutir, airarse y combatir como un tiempo ante las puertas scéas (1).

Aunque la casaca del rey de Nápoles esté á la moderna matizada de todos colores, su valor en el combate y su temeridad son tan grandes como los del hijo de Peleo; en el noble caballero príncipe Eugenio, se nos ofrece un Héctor dulce y valiente; Ney pelea como un Ajax, Berthier es un Nestor sin sabiduría; Davoust, Daru, Caulincourt y tantos otros, esconden las almas de Me-

(1) *De Scéas*, puertas de Troya, donde tiene lugar el singular combate entre Aquiles y Héctor. (Canto XXII de *La Iliada*.)

nelao, de Ulises y de Diómedes. Sólo el Emperador no tiene igual; en su cabeza está el olimpo del poema; y si en su soberana apariencia externa le comparo á Agamenón, es porque, lo mismo que á la mayor parte de sus gloriosos compañeros de heroísmo, le estaba reservado un destino trágico, y porque aun vive su Orestes (1).

Como las poesías de Scott, también tiene la epopeya de Segur un tono que subyuga el corazón; pero este tono no despierta el amor hacia los ya muertos días del pasado, sino que es un tono cuya forma de acorde nos da el presente, tono que precisamente por él nos entusiasma.

Los alemanes somos verdaderos *Pedros Schlemihle*. También en estos últimos tiempos hemos visto mucho y hemos sufrido mucho, por ejemplo, con los acuartelamientos y con el orgullo de la nobleza; y hemos derramado lo más noble de nuestra sangre, por ejemplo, en Inglaterra, que aun tiene que pagar diariamente una decente suma por los brazos y piernas que arrebataron á sus antiguos propietarios.

Nosotros hemos hecho en pequeño tantas grandes cosas que, si se sumaran, aventajarían á los más grandes hechos, por ejemplo, en el Tirol; y hemos perdido mucho, por ejemplo, nuestra sombra, el título del querido Santo Imperio Romano.....; mas con todas estas pérdidas, sacrificios, privaciones, desgracias y grandes hechos, nuestra literatura no ha adquirido un solo monu-

(1) Y porque aún vive su Orestes, falta en la versión francesa.

mento de gloria semejante á los que entre nuestros vecinos se erigen cada día, á manera de eternos trofeos. Nuestras ferias de Leipzig se han aprovechado poco de la batalla de Leipzig (1).

He oído que uno de Gotha quiere cantarla al fin en forma épica; pero como no sabe si ha oído que las de Hildburghausen llegaron á 100.000 almas, ó á 150.000 las de Meinigen, ó á 160.000 las de Altenburg, no puede comenzar su epopeya, pues tendría que hacerlo así: «¡Canto las almas inmortales, las almas de Hildburghausen, las..... almas de Meinigen, ó bien las almas de Altenburg, ó lo que es lo mismo, canto, canto la redención de los pecadores alemanes!» Para este regateador de almas, á quien ante el desgarrado corazón de la patria no se ocurre un pensamiento viril, y mucho menos una palabra enérgica, nuestros grandes hechos llegan á convertirse en ridículos por sus absurdas consecuencias, y mientras nos envolvemos malhumorados en el purpúreo manto que forma la sangre de los héroes alemanes, llega un bufón político y nos pone en la cabeza el gorro de cascabeles.

Debe compararse la literatura de nuestros vecinos de

(1) Aquí se encuentra en la versión francesa la nota de Heine que, siguiendo á la edición alemana, colocamos en la página 168; y bajo el epígrafe de *Apéndice*, sigue el artículo sobre la *Vida de Napoleón Bonaparte* de Walter Scott, que ocupa unas diez páginas en lugar de las catorce que siguen en el original alemán, verdadera conclusión de este *Cuadro de viaje*, y que traducimos á continuación.

allende el Rhin y el Canal, con nuestra literatura de bagatelas, para comprender el vacío y la insignificancia de nuestra vida de bagatelas también. Con frecuencia, cuando leo la *Crónica de la mañana* (1) y veo en cada línea al pueblo inglés con su nacionalidad, sus carreras de caballos, *boxeadores*, riñas de gallos, *assises*, debates parlamentarios, etc., vuelvo á tomar en mi mano, con el corazón entristecido, un periódico alemán, busco en él los latidos de una vida nacional y no encuentro más que literarias habladurías de comadres y revistas de teatro.

Y no hay que esperar otra cosa. Cuando en un pueblo se suprime toda vida pública, búscanse de común acuerdo otros objetos, y en Alemania sirven de tales sus escritores y sus actores. En vez de carreras de caballos, tenemos una carrera de libros después de la feria de Leipzig. En vez de boxeadores, tenemos místicos y racionalistas, que se sacuden en sus libelos, hasta hacer que uno entre en razón, ó que los otros dejen de oír y ver y la fe tenga en ellos cabida. En vez de riñas de gallos, tenemos periódicos, en los que, los pobres diablitos que con ellos viven, se destrozan mutuamente el buen nombre, en tanto que los *filisteos* exclaman alegremente: «¡Ved, eso es un buen gallo! ¡Cómo se le hincha la cresta! ¡Qué pico tan agudo tiene! Al gallo joven, apenas ostenta sus plumas, se le debe espolear, etc.» Del mismo modo tenemos también nuestros *assises* ó tri-

(1) *Morning Chronicle*.

bunales públicos, esto es, los periódicos literarios de Sajonia, impresos en papel de estraza, en los que cada necio es juzgado por su igual, con arreglo á las disposiciones de un derecho criminal literario, que rinde culto á la teoría de la intimación y castiga todo libro como un crimen. Si su autor muestra ingenio, entonces el delito es calificado; pero puede probar que es ingenio huero (1) y entonces se dulcifica el castigo.

Verdad es que en esta justicia criminal literaria hay también un gran defecto, y es que muchas veces se pasa por alto la apreciación jurídica, tanto más cuanto que los jueces de nuestros libros, precisamente como Falstaff, no se dejan arrancar por fuerza sus razones, que á veces son hasta pecados secretos, y prevén que mañana serán ellos juzgados por los mismos delincuentes sobre quienes hoy iban á pronunciar su juicio. La juventud es en nuestro derecho criminal literario una razón importante de indulgencia, y más de un escritor viejo es juzgado benévolamente porque se le tiene por un niño.

También la experiencia adquirida en estos últimos tiempos, de que algunos jóvenes, al tiempo del desenvolvimiento de la pubertad, abrigan deseos morbosos de promover incendios, ha tenido su influjo en la estética, y se juzgan por esta razón benévolamente muchas tragedias incendiarias, por ejemplo, la de aquel

(1) El original dice *alibi*, adverbio latino compuesto de *allius* é *ibi*= en otro lugar.

fogoso jovencillo que puso fuego nada menos que al palacio real de Persépolis (1).

Tenemos también en cierto modo, y para poder establecer comparaciones, nuestros debates parlamentarios, quiero decir, nuestros críticos de teatro; hasta nuestro drama puede llamarse también propiamente la Casa de los Comunes, á causa de lo mucho común que en ella vive, gracias á la chavacana introducción de las obscenidades francesas, que nuestro público devora tranquilamente hasta en la noche en que le han dado una comedia de Raupach, como una mosca que, arrojada de una olla de miel, se posa con el mejor apetito en una inmundicia y en ella acaba su banquete. Me acuerdo principalmente de que vi representar *Los Conversos* (2) de Raupach el invierno pasado en Hamburgo á los actores más insignes, seguramente con el mismo éxito que *Diabluras estudiantiles*, sordidez perfumada que le ofrecieron después en la misma tarde.

Pero en nuestro teatro prospera no sólo el estiércol, sino también el veneno. En efecto, oigo cómo se recitan en nuestras comedias las más sagradas costumbres y los más santos sentimientos de la vida en un tono licencioso y con tal volubilidad, que, al fin, hasta se acostumbra uno á considerarlos como las cosas más indiferentes; oigo esas canallescas declaraciones amorosas, los sentimentales lazos de la amistad trocados en

(1) Quizá se refiera á Uechtritz.

(2) *Die Eckehorten*.

villanos embustes; la sonriente llaneza empleada para engañar á padres ó á esposos, y ¡cómo puede llamarse á todo esto motivos estereotípicos de la comedia! ¡Ah! ¡Íntimo terror é insondable lástima se apoderan de mí, y dirijo angustiosas miradas á las pobres, inocentes y angelicales cabecitas de las que, en verdad, no sin consecuencias declaman tales cosas en el teatro!

Los lamentos que acerca de la caída y perdición de la comedia alemana, se exhalan suspirantes de los honrados corazones; el celo crítico de Tieck y de Zimmermann, que desempeñan el difícil trabajo de limpiar nuestro teatro, como Hércules los establos de Augias, pues nuestro teatro debe limpiarse en tanto que aun viven los bueyes; los esfuerzos de hombres altamente dotados, que quisieron fundar una comedia romántica, la excelente y oportuna sátira, como, por ejemplo, *El Ave del Paraíso*, de Robert, nada producirán: suspiros, consejos, ensayos, flagelaciones, todo hiere en el vacío, y cuanto sobre ello se diga, será verdaderamente predicar en desierto.

Nuestra cámara alta, la tragedia, muéstrase en mayor esplendor, quiero decir, respecto á bastidores, decoraciones y guardarropia; pero también en esto hay un límite. En el teatro romano se llegó á hacer bailar á los elefantes en la maroma, y á hacerles dar grandes saltos; pero el hombre no pudo llegar más allá; el imperio romano decayó, y con tal motivo, también decayó el teatro romano. En nuestro teatro, quizá no faltan bailes y saltos, que todavía perfeccionan los trágicos modernos; y como ya sucedió que una mujer, á fuerza de grandes sal-

tos, de pronto se convirtió en hombre, un poetilla femenino, verdaderamente silbable, trata de hacerlo, cuando con sus yambos cojos ensaya grandes saltos á lo Alejandro.

*
*
*

Puesto que hasta más tarde no he de ocuparme en la crítica del tema referente á la miseria de la literatura alemana, daré una jovial compensación intercalando los siguientes *xenies* (1), que han brotado de la pluma de mi insigne colega Immermann, y hace poco que me obsequió con ellos. Los que abundan en mi opinión, han de agradecerme seguramente que publique estos versos, teniendo yo también el gusto de presentarles, como expresión de mi propio pensamiento, algunas breves adiciones que señalo con asteriscos.

(1) Se llamaban *Xenies*, en griego, ciertos regalos que se hacían para renovar el derecho de hospitalidad, y el mutuo afecto entre familias é individuos, y en Alemania se aplicó á ciertas poesías que se dedicaban unos á otros escritores, invitando el que publicaba una obra á su colega á escribir algo en ella, y los que siguen, fueron escritos á invitación de Heine, que en 14 de Octubre de 1826, decía á Immermann: «Si quiere usted escribir algo en mis *Cuadros de viaje*, libre tiene en ellos el mejor sitio, y le ofrezco dos luises de oro de honorarios que me abona Campe por el pliego de impresión. Sería linda cosa.» *Los cuadros* ofrecen el sitio en que expongo al público cuanto tengo por conveniente.»

EL ERUDITO LITERARIO (1).

No más risa, no más gestos,
Dinos luego, sin mentir,
Cuándo vió Hans Sachs (2) el día,
Cuándo ha muerto Weckherlin (3).

Dijo hinchado el hombrecillo:
«¡Todos hemos de morir!»
¡Viejos, jóvenes, bien poco
Llega de ellos hasta aquí!

Con corteza de tocino
Su calzado hizo pulir:
Pías dudas de poeta
Devorando el infeliz.

* *Comentar si quieres, Fränzel* (4),
Que Lutero no entre aquí
Que es pescado que no gana
En manteca hecho freir.

(1) La traducción literal de este epigrafe sería *El literato poético*, frase que no expresa la idea alemana.

(2) Pronúnciese *Jans Sajs*, uno de los célebres *Maestros* cantores.

(3) Pronúnciese *Véljerlin*.

(4) La *ä* es una *e* francesa.

DRAMÁTICOS.

1.º

«¡Del público por vengarme,
No escribiré más tragedias!»
Injúrianos cuanto gustes,
Mas cúmplenos tu promesa.

2.º

Al teniente de á caballo
Las sátiras se perdonen,
Que afectos manda y sentencias
Formados en escuadrones.

3.º

Melpómene, á ser doncella
Sensible, llana y amable,
Casarte te aconsejara
Con ese tierno elegante.

4.º

El difunto Kotzebue (1),
En castigo á sus pecados,
Reaparece en esos mónstruos

(1) Fecundo poeta dramático alemán, pues la colección de sus obras ocupa unos cuarenta tomos en 8.º

Hoy sin medias ni zapatos.

Y si viejos ya, consiguen
El renombre de unos sabios,
Son las almas de los muertos
Que á las bestias transmigraron.

POETAS ORIENTALES.

De gran mérito es ahora
Arrullar á lo Saadí (1),
No le hallo, si se cometen
Lapsus á estilo de aquí.

Cantó al despuntar la aurora
Ruisseñor ó *filomela*,
Ahora, si el *búlbul* silba,
A igual garganta me suena.

Viejo vate, me pareces
Capador cantarratones,
Silbas de mañana, y siguen
De cantorcillos la corte.

Por muy cómodo venera
Las vacas piadoso el indio,

(1) Célebre poeta persa, autor del *Gulistan*.

Que así junto á cada establo
Se puede hallar un Olimpo.

De los frutos que robaron
Del bosque y jardín de Schiras,
Comieron tanto los pobres
Que así gacelas vomitan.

* CAMPANADAS.

Ved allí al pastor obeso
Que al pórtico está de gala;
Que se le honre en su casulla,
Repica ya en la campana.

Y que á verle diligente,
Los ciegos y cojos vayan,
Quien tenga opresión, calambres,
Y las histéricas damas.

Blanco unguento si no cura,
Los males tampoco agrava,
Y hoy son todos los libreros
Lós que el unguento despachan.

Si esto sigue y todo preste
Se hace adorar á distancia,

Pronto al seno de la Iglesia
Retorne acaso mi alma.

Y venere á un *presens numen*,
Y hasta obedezca allí un Papa;
Pero aquí en *numen* se trueca
Cualquiera *luz* (1) ordinaria.

ORBIS PICTUS.

¿Por qué no tendrán un cuello
Del mundo los corruptores?
¡Un solo cuello, altos númenes,
Curas, poetas, é histriones!

Voy por la mañana al templo
A asistir á la comedia,
Y por la noche al teatro.
A que el sermón me convierta.

Hasta el mismo buen Dios pierde
Para mí mucha importancia,

(1) En el original hay en el último verso *lumen* haciendo juego con *numen* del anterior, pero he tenido que traducirle, porque en castellano no se puede concordar adjetivo alguno con un nombre neutro, cosa ajena á este idioma, y corriente en el alemán que dice: *ordiniertes lumen*.

Al hacer miles de tontos
A su propia semejanza.

—
Cuando os doy gusto, señores,
Soy cual tejedor de lienzo;
Pero al ver que os desagradó
Caudal de bilis aumento.

—
«¡Cómo domina el idioma!»
Cosa es de morir de risa,
Sólo al ver los batimanes
Con que sus miembros desquicia.

—
Malas cosas sufrir puedo,
Pero lo que asco me da,
Es ver á un hombre adamado
Hacer papel de gañán.

—
* Pudiste un tiempo agradarme
Galanteando á Lucinda;
Mas, ¡oh amor desvergonzado,
Querer pecar con María!

—
En Inglaterra, en España,
Hoy de Brahama en las tinieblas,
Traje alemán y calzado,
Doquier en pedazos queda.

—
Cuando las damas escriben,

Barajan sus sufrimientos:
Mal parto, virtud no ilesa....
¡Ah! pero ¡qué al descubierto!

—
Dejad en paz á las damas;
Aconsejadles que escriban;
Pluma de autor en su mano,
No será al menos dañina.

—
Créelo, pronto el cristianismo
Será un cuarto de costura,
Dirán cuentos las comadres
Y los oirán las criaturas.

—
Fuera Gengiskan (1), oh China,
Te hubiera ya aniquilado,
Pues tu maldito té hervido
Nos va, sin sentir matando.

—
Todos dejan los negocios,
Los gordos son cachazudos:
Embolsa, que los principios
Siempre tuvieron apuros.

—
Llena es la ciudad de cantos,
Estatuas, retratos, versos,

(1) En el original: *Dschingischan*. Alude á las tertulias literarias.

Y *Hanswurst* (1) con su trompeta
En la puerta grita: ¡Adentro!

—Sin medida y sin cesura,
Estos versos son muy malos.
—¿Querrá vistan uniforme
De Panduros literarios?

Dime: ¿cómo usas palabras
De tan grosero descoco?
Para cruzar el mercado
Es preciso emplear el codo.

«Mas también pusiste en verso
Una buena y gran verdad»:
Mézclense cultos y vulgo
Y el vulgo dominará.

Si os acosaren las moscas
Matadlas á palmetazos;
Cuando pasen estas rimas,
Sacudidlas gorro en mano (2).

(1) Pronúciase *Jans-vurst*. Es el Juan de las viñas, arlequín ó polichinela alemán, *Hanswurst* ó *Wursthans*, como se lee en el original, significa á la letra *Juan-morcilla*.

(2) He aquí algo como los saetas de nuestro Cano, pero como, por desgracia no siempre podemos comprender la alusión, algunas nada nos dicen.

III

IDEAS.

EL LIBRO LE GRAND.

(1826.)